

Cuando los santos y la palabra ganaban la guerra. Religión y oralidad en el accionar militar episcopal de la Lotaringia medieval.

Montagna von Zeschau, Gustavo.

Cita:

Montagna von Zeschau, Gustavo (2017). *Cuando los santos y la palabra ganaban la guerra. Religión y oralidad en el accionar militar episcopal de la Lotaringia medieval. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/12>

Mesa nro. 4 – “Los tiempos medievales (re)visitados”.

Cuando los santos y la palabra ganaban la guerra. Religión y oralidad en el accionar militar episcopal de la Lotaringia medieval.

Montagna von Zeschau Gustavo (UBA)

Para publicar en actas

Introducción

El objetivo de este trabajo consiste en analizar distintas representaciones sobre el accionar militar de los obispos lotaringios durante los siglos XI y XII. Específicamente, se indagará en torno a las distintas percepciones que los autores de las fuentes abordadas – todos ellos (los conocidos) eran sacerdotes o monjes – expresaron sobre la dinámica de la guerra medieval y, principalmente, sobre aquellas condiciones que desde su perspectiva resultaron determinantes para obtener la victoria.

Si bien – dada la naturaleza literaria de las fuentes – trabajaremos principalmente en el ámbito de las representaciones y las valoraciones de los autores, nos preocupan también las prácticas militares concretas de los obispos por ellos mencionados. En este sentido, entendemos (al igual que lo hace Richard Kaeuper¹) que las fuentes literarias pueden resultar de utilidad para la reconstrucción de las prácticas guerreras medievales, siempre y cuando se tengan en cuenta los intereses, las visiones y el entorno social de sus autores. En este caso, nuestro análisis se focalizará en fuentes histórico-literarias de los siglos XI y XII, realizadas por sacerdotes oriundos de Lotaringia y que describen los logros de determinados obispos de la región.

Lotaringia y los “obispos imperiales”

Las diócesis de Utrecht, Lieja y la arquidiócesis de Tréveris, se encontraban ubicadas en los márgenes noroccidentales del reino germánico, en la región denominada Lotaringia (que abarcaba territorios tanto de la actual Bélgica como de Luxemburgo y los

¹ Véase: Richard W. KAEUPER, “Literature as Essential Evidence for Understanding Chivalry”, en *Journal of Military Medieval History*, 5 (2007).

Países Bajos, así como también del este de Francia y el Oeste de Alemania), la cual se dividía a su vez en los ducados de la Baja y la Alta Lotaringia².

Aquella región, surgida tras la división en tres partes del reino de *Francia Media* (a mediados del siglo IX), fue definida por Michel Parisse como un espacio político heterogéneo, cuyo nombre surge paulatinamente por su asociación a la figura de Lotario II, el primer regente de la división más septentrional del antiguo reino franco³. Esta zona fue constantemente disputada por los reinos de Francia y de Germania a lo largo de los siglos X y XI, aunque ya desde el siglo X podía ser considerada como parte integrante de la corona teutona⁴.

Pese a este posicionamiento final del lado germano, la región de Lotaringia fue – también durante los siglos X y XI – un foco habitual de rebeliones aristocráticas contra las dinastías de los otónidas y los salos, especialmente en momentos de disputas por sucesiones dinásticas⁵. En el contexto de estas continuas y, en ocasiones, feroces rebeliones, los monarcas germanos debieron buscar apoyo y sostén político entre distintas figuras a nivel local, especialmente entre los dignatarios episcopales⁶.

Esta cercanía política entre los reyes germanos y los obispos lotaringios debe entenderse, no obstante, en el marco de una relación más amplia surgida y consolidada durante el período otónida, cuando se formó una alianza entre los monarcas germanos y buena parte de los obispos de su reino⁷. En el marco de este acuerdo o alianza, los reyes teutones participaron activamente en la designación o el apoyo a determinados candidatos a dirigir las sedes episcopales, asegurándose su lealtad a cambio de diversos beneficios políticos y materiales. De esta manera se construyó, paulatinamente, un vínculo

² En el año 959, el Ducado de Lotaringia fue dividido en dos partes: Ducado de Alta Lotaringia (al sur) y Ducado de Baja Lotaringia (al norte). El autor de dicha división fue el arzobispo Bruno de Colonia - hermano de Otón I - y su objetivo consistía en debilitar el poder político de la conflictiva aristocracia local. Según señala Timothy Reuter, la división resultó positiva y se pudieron apaciguar momentáneamente las rebeliones. Véase: Timothy REUTER, *Germany in the Early Middle Ages 800-1056*, Routledge, London/New York, 1991.

³ Michele PARISSE, “La Lotharingie: naissance d’un espace politique”. En *Lotharingia, eine europäische Kernlandschaft um das Jahr 1000 / Une région au centre de l’Europe autour de l’an Mil*, (1995), pp. 31-48.

⁴ Michele PARISSE, “Lotharingia”, En *New Cambridge Medieval History*, 3 (1999), pp. 310-327.

⁵ REUTER, cit.

⁶ Michel PARISSE, “L’évêque d’Empire au XIe siècle. L’exemple lorrain”, en *Cahiers de civilisation médiévale*, 105-106 (1984), pp. 95-105.

⁷ Finck A. VON FINCKENSTEIN, “Graf, Bischof und Reich. Untersuchungen zum Integrationsprozeß des ottonisch-frühsalischen Reiches (919-1056)”, en *Studien zur Mediävistik*, 1 (1989).

sumamente estrecho entre monarcas y obispos del imperio, dando origen a lo que von Fleckenstein denominó “Sistema de Iglesia Imperial”, o *Reichkirchensystem*⁸.

Este sistema, cuya discusión ha sido y sigue siendo un tema recurrente en la historiografía sobre los obispos germanos altomedievales⁹, se articuló especialmente en torno a la figura del “obispo cortesano”¹⁰, un dignatario episcopal cuya formación – con un fuerte contenido de saberes y artes “clásicas” en su currícula – debía prepararlo para ejercer funciones tanto de pastor como de funcionario público. De esta manera, durante la Alta Edad Media numerosos “Obispos Imperiales”, formados ya sea en la “Capilla Imperial” (*Hofkapelle*) o en diversas escuelas catedralicias como la de la ciudad de Colonia, ocuparon una gran cantidad de sedes episcopales, estrechando la relación entre la iglesia germana y el poder regio. Esto significó no solo un fuerte punto de apoyo y una mayor injerencia de los monarcas en los asuntos locales, sino también un notorio desarrollo de las atribuciones y poderes seculares de los dignatarios episcopales a lo largo del imperio. Un ejemplo de esto puede observarse en la constante participación de los obispos germanos en diversos conflictos militares, dirigiendo sus propios contingentes armados con mayor frecuencia que sus pares occidentales¹¹.

La importancia de la oralidad en la guerra. El caso de la diócesis de Utrecht a fines del siglo X y principios del XI.

La diócesis de Utrecht, ubicada en las cercanías del delta del bajo Rin, fue un centro político, económico y cultural de suma importancia para el proceso de cristianización de los Países Bajos medievales, así como también de Flandes y de buena parte del territorio actual de Bélgica¹². Levantada en la Antigüedad Tardía como un fuerte fronterizo romano, la ciudad se convirtió durante el siglo VIII (al ubicarse bajo la égida

⁸ J. FLECKENSTEIN, “Die Hofkapelle der deutschen Könige”, en *Die Hofkapelle im Rahmen der ottonisch-salischen Reichskirche, Schriften der Monumenta Germaniae Historica (Deutsches Institut für Erforschung des Mittelalters)*, 16/II (1966).

⁹ Stephen PATZOLD, “L’épiscopat du haut Moyen Âge du point de vue de la médiévistique allemande”, en *Cahiers de civilisation médiévale*, 192 (2005), pp. 341-358.

¹⁰ C. S. JAEGER, *The Origins of Courtliness: Civilizing Trends and the Formation of Courtly Ideals, 939-1210*, University of Pennsylvania Press, Pennsylvania, 1985.

¹¹ F. PRINZ, “Klerus und Krieg im früheren Mittelalter. Untersuchungen zur Rolle der Kirche beim Aufbau der Königsherrschaft”, en *Monographien zur Geschichte des Mittelalters*, 2 (1971). También: Timothy REUTER (Ed.), *Warriors and Churchmen in the High Middle Ages: Essays Presented to Karl Leyser*, Hambledon Press, 1992.

¹² Véase: H. SELDERHUIS (Ed.), *Handbook of Dutch Church History*, Vandenhoeck & Ruprecht, Amsterdam, 2015.

del Imperio Carolingio) en un punto nodal desde donde se desplegaron numerosas misiones de cristianización. Pese a ser constantemente azotada por incursiones vikingas ya desde el siglo IX – dado que se encontraba en un punto estratégico de la ruta comercial que unía el noroeste de la actual Alemania con Inglaterra y Flandes –, la urbe creció paulatinamente hasta consolidarse, durante el siglo X, como el epicentro del obispado de Utrecht, sufragante del arzobispado de Colonia¹³.

El hecho de depender desde un principio de un arzobispado sumamente ligado al poder imperial (como lo fue el de Colonia durante los siglos IX y X), junto con el estrecho vínculo político uno de sus obispos, Balderico (r. 917 - 975), mantuvo con los monarcas germanos, llevó a numerosos académicos a caracterizar a la diócesis de Utrecht como un caso ejemplar del “Sistema de Iglesia Imperial”¹⁴. No obstante, otros autores han intentado desde hace varios años complejizar en algo esta figura. Si bien concuerdan en observar la cercanía política de la diócesis con el poder imperial, buscan encuadrar su accionar político, sus decisiones y los conflictos que debieron afrontar, en un marco principalmente regional¹⁵.

En este sentido, los vínculos políticos y personales entablados por los obispos de Utrecht se señalaron como mayoritariamente orientados hacia otros poderes eclesiásticos y laicos de la región, y el notorio desarrollo del poder secular de la diócesis se relacionó más con su propia necesidad de defensa (principalmente de las incursiones vikingas, que continuaron hasta principios del siglo XI) que con el apoyo a los monarcas germanos ante situaciones de rebelión aristocrática.

Ahora bien, la faceta militar de este poder secular de los obispos altomedievales de Utrecht, puede rastrearse a través de la principal fuente histórica de la Baja Lotaringia de principios del siglo XI: *De diversitate temporum* de Alpert de Metz (? – 1024). Su autor, Alpert, fue un clérigo nacido en Utrecht, probablemente en las últimas décadas del siglo X. Tras formarse como monje benedictino en Metz, retornó a su ciudad natal e intentó plasmar – entre 1021 y 1024 – en la obra mencionada buena parte de la historia de la Baja Lotaringia de principios de siglo¹⁶. Influenciado por el ambiente intelectual de la ciudad de Metz (un tradicional centro de producción literaria eclesiástica), Alpert

¹³ *Ibíd.*, pág. 57.

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 57-59

¹⁵ R. GROSSE, “Das Bistum Utrecht und seine Bischöfe im 10. und frühen 11. Jahrhundert”. En *Kölner historische Abhandlungen* 33 (1987).

¹⁶ Para este trabajo utilizamos la traducción al inglés de *De diversitate temporum* realizada por: David S. BACHRACH (trad.), *Warfare and Politics in Medieval Germany, ca. 1000. On the Variety of Our Times by Alpert of Metz*, Pontifical Institute of Medieval Studies, Toronto, 2012.

adquirió no solo una fuerte formación clásica sino también numerosas influencias literarias de los géneros de gesta episcopal y de vidas de santos. Este hecho se observa notoriamente en su escrito, especialmente en sus intentos de brindar – a partir de la descripción y la valoración de una multiplicidad de figuras y acontecimientos – ejemplos morales positivos y negativos al joven clero¹⁷.

Por lo tanto, y en lo que refiere a los obispos de Utrecht y la guerra, se comprende que la mención y descripción de determinados acontecimientos bélicos fuese utilizada por Alpert como un medio para exaltar su figura ejemplar.

Así sucede, por ejemplo, cuando observamos la descripción de las invasiones vikingas del año 1007, donde varias ciudades de la región fueron saqueadas y sus soldados humillados¹⁸. Lo llamativo aquí es que uno de los elementos determinantes que explicó – según el relato – las derrotas de los combatientes lotaringios, fue la propagación espontánea de rumores falsos entre las tropas. Estos murmullos resultaron sumamente dañinos, ya que expandieron información errónea tanto sobre las maniobras de los aliados como de los enemigos, generando equivocaciones que llevaron a la derrota¹⁹.

De hecho, Alpert menciona explícitamente una ocasión en la que, pese a haber logrado bloquear el paso de los invasores en el río Lek – gracias a una fuerza combinada de hombres montados y soldados en embarcaciones –, el esparcimiento de un falso rumor (que advertía de una inexistente batalla entre los caballeros y los vikingos) provocó un desordenado avance de los hombres embarcados, lo cual fue aprovechado por los – ordenados – enemigos para contraatacar y obtener la victoria²⁰. Si bien puede verse que, para Alpert, era fundamental mantener el orden al iniciar un ataque²¹ (un pensamiento habitual de la época²² y que mantiene su peso incluso hasta la actualidad), no resulta menos importante el hecho de que fue aquel falso rumor el que propició el caos, desarticulando la formación de los defensores. Este desorden es expresado por el autor también como un desorden en la palabra, ya que cuando los rumores de batalla no se

¹⁷ Ibidem, pp. xxxi-xxxv. Es importante mencionar que esta construcción histórica era el principal objetivo de las gestas episcopales en la región, según indican Steven Vanderputten y Michele Sot. Véase: Steven VANDERPUTTEN, “Typology of Medieval Historiography Reconsidered: a Social Reinterpretation of Monastic Annals, Chronicles and Gesta”, en *Historical Social Research / Historische Sozialforschung*, 26 IV (2001), pp. 141-178. Y también: Michele SOT, “Gesta episcoporum, gesta abbatum”, en *Typologie des sources du moyen âge occidental*, 37 (1981)

¹⁸ BACHRACH, cit., pp. 19-21.

¹⁹ Ibidem, pág. 20.

²⁰ Ibidem, pp. 20-21.

²¹ Ibidem, pp. 20-21.

²² Véase: J. F. VERBRUGGEN, *The Art of Warfare in Western Europe During the Middle Ages From the Eighth Century to 1340*. The Boydell Press, Woodbridge, 1997.

hicieron presentes los lotaringios actuaron en conjunto y, con “un gran clamor”²³, detuvieron a los invasores.

Una reacción y una voz de guerra igualmente unificadas pueden verse cuando Alpert describe la llegada de los vikingos a Utrecht. Si bien el autor menciona que la diócesis logró salir airosa del ataque principalmente por el respeto – y el temor – que la ciudad y su obispo transmitían a los invasores²⁴, también deja entrever que sus pocos defensores actuaron y se expresaron discursivamente de manera homogénea, explicitando todos juntos y con firmeza la prohibición a los invasores de entrar a la ciudad. Los rumores de batalla, provocadores de amargas y humillantes derrotas previas frente a los nórdicos, no se hicieron presentes cuando el obispo de Utrecht estuvo presente en el campo. Su unificación discursiva marca un contraste con la heterogeneidad caótica del discurso militar laico, que tuvo a su vez una contraparte en el desorden de las tropas.

La importancia que Alpert de Metz le asignó a la palabra y a los discursos en situaciones de guerra (así como el contraste que aquí señalamos entre el discurso laico y eclesiástico), se repite al momento de describir uno de los eventos militares más importantes de principios del siglo XI: la batalla de Vlaardingen (1018).

La obra de Alpert constituye una de las más extensas y detalladas reconstrucciones de aquel enfrentamiento, en donde las milicias frisias derrotaron rotundamente a los ejércitos imperiales²⁵, dirigidos por Godofredo de Bouillion – duque de la Baja Lotaringia (965 – † 1023) – y por Adalbold – obispo de Utrecht (r. 1010-1026) –. Junto a diversos testimonios directos e indirectos, el cronista benedictino utilizó como fuente para su reconstrucción de la batalla – según señala Bachrach²⁶ – un escrito previo, la crónica del obispo Thietmar de Merseburg (975-1018). Este obispo – cercano al poder imperial – finalizó su obra en el mismo año de la batalla, 1018²⁷. Si bien la cercanía de su escrito con la época del enfrentamiento podría implicar que su reconstrucción fuese más detallada, resulta llamativo en cambio que es en la obra de Alpert de Metz en donde se observan las descripciones más profundas.

²³ BACHRACH, cit., pág. 20.

²⁴ Ibidem, pág. 21.

²⁵ Ibidem, pág. xxvi. Una excelente descripción de la batalla, sus orígenes, consecuencias y las fuentes que la describen, puede verse en: http://www.keesn.nl/vlaard/vlaard_en.htm, revisado el 24/5/2017.

²⁶ Ibidem, pág. xxxi.

²⁷ La edición con traducción al inglés utilizada: D. WARNER D. (trad.), *Ottoman Germany. The Chronicon of Thietmar of Merseburg*, Manchester University Press, Manchester, 2001. Un excelente análisis de la misma en: A. V. NEYRA, “Glorias y aflicciones del imperio otomano: la crónica de Thietmar de Merseburg”. En *Actas y Comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval*, 9 (2013).

En este sentido, el principal elemento a destacar del relato de Alpert consiste en su explicación de las causas de la derrota. Sucede que, desde el punto de vista del cronista benedictino, el origen de la catástrofe se encuentra nuevamente en el esparcimiento de rumores de batalla infundados que confundieron las maniobras del ejército²⁸. En este caso, sin embargo, el autor indica que el rumor fue esparcido intencionalmente por una persona “malvada” y cercana a los enemigos, quien aprovechó un movimiento estratégico realizado por el duque Godofredo para gritar a viva voz que, en verdad, dicho movimiento no era una maniobra sino una huida²⁹. Este discurso caló hondo en la percepción de los soldados imperiales, quienes comenzaron a replegarse ante una derrota que se imaginaron inminente. La cercanía con diversos ríos que dificultaban sus movimientos, junto con el sorpresivo ataque de milicias frisias desde distintos lugares, fueron los sucesos que terminaron por coronar la estrepitosa caída³⁰.

Otro elemento llamativo de esta descripción, es que si bien el autor menciona explícitamente que tanto el duque como el obispo fueron quienes movilizaron a sus hombres contra los frisones (por pedido del rey), con el correr del relato puede observarse narrativamente cómo la responsabilidad del mando y las decisiones militares recaen paulatinamente sobre el noble laico. De hecho, el rumor infundado que se esparció se refería a la figura del duque, y fue el movimiento de su estandarte el que se asoció a una situación de desbande generalizado. Pero lo que resulta más importante aún, es que se omite toda mención de la participación del obispo de Utrecht en la batalla, pese a que la crónica de Thietmar señala que – ante la inminente derrota – el prelado decidió huir rápidamente en un bote (en claro contraste con la valentía del duque, quien resistió y terminó siendo capturado)³¹. De este vergonzoso accionar, descrito en una fuente que probablemente Alpert hubiese utilizado para reconstruir su propio relato, nada fue mencionado.

Esta omisión, más que un engaño por parte del autor, puede comprenderse como un aspecto de la compleja relación entre discurso y espacialidad en los contextos de batalla. Sucede que, los campos de batalla pueden ser analizados no como meros escenarios donde se desarrolla una guerra entre dos bandos, sino como un tipo de espacialidad mucho más fragmentada, que condiciona y es condicionada tanto por los

²⁸ BACHRACH, cit., pág. 69.

²⁹ Ibidem, pp. 69-70.

³⁰ Ibidem, pp. 70.

³¹ WARNER, cit., pág. 380.

discursos como por las acciones³². En otras palabras, si bien un campo de batalla es un espacio en el cual los mismos sucesos llevan a desmembrar la pretendida unidad de sus actores – una unidad que es tanto física (en las formaciones de batalla) como moral (en las ideas sobre aquellas formaciones y en el coraje para sostenerlas en combate) –, es importante considerar que los aspectos discursivos pueden limitar o potenciar aquel desmembramiento.

Si entendemos la guerra como un fenómeno cultural, podremos comprender entonces que, para Alpert de Metz, cuando una figura prestigiosa y ejemplar como un obispo estaba a cargo de un ejército, la palabra y el accionar de sus hombres lograban unificarse. Por lo tanto, no había duda alguna de que en aquella humillante derrota de Vlaardinghen – en donde un rumor infundado disipó por completo cualquier atisbo de unidad militar – el obispo había ocupado un lugar marginal. El peso del fracaso, entonces, recayó en su mayoría sobre la incapacidad discursiva del duque Godofredo, quien jamás comprendió qué se hablaba en su ejército ni lo importante que era comunicar correctamente un simple movimiento de su estandarte.

El triunfo de los restos de San Lamberto de Maastricht. El caso de la diócesis de Lieja durante el siglo XII.

La diócesis de Lieja, cuyo centro se ubicaba durante el siglo X en un fértil valle en los márgenes occidentales del río Mosa – actual Bélgica –, ocupó un lugar de suma importancia en la conformación del mencionado “Sistema de Iglesia Imperial”. Especialmente durante el obispado de Notger (r.972-1008), la sede fortaleció ampliamente su cercanía política a la dinastía otónida, conformando una alianza que la llevó a participar militarmente en numerosas disputas – del lado de la monarquía germana – contra distintos poderes laicos locales. Esta unión entre el obispado y la monarquía persistió asimismo durante los siglos XI y XII³³, conformando una diócesis en donde los aspectos seculares del poder de sus dignatarios ocupaban un lugar fundamental.

Sin embargo, la separación entre aspectos seculares y religiosos del poder político debe comprenderse de manera fundamentalmente analítica, ya que al momento de abordar

³² En este punto se retoman parcialmente las ideas de: Bertrand WESTPHAL (trad.), *Geocriticism, real and fictional spaces*, Palgrave McMillan, New York, 2011.

³³ Jean Louis KUPPER, *Liège et l'Église impériale aux XIe-XIIe siècles*, Société de Edition “Les Belles Lettres”, Paris, 1981.

las fuentes ambos se presentan entrecruzados. Así sucede – según señala Claude Gaier – en el caso del accionar militar de los obispos de Lieja durante el siglo XII³⁴, en donde los restos de San Lamberto de Maastricht (santo patrono de la ciudad) ocuparon un rol fundamental para la obtención de dos victorias fundamentales: la toma del castillo de Bouillon en el año 1141 y la victoria en la batalla de Andenne (en las cercanías de las Ardenas) en 1151.

El primero de estos eventos llega a nosotros – principalmente – a través de dos obras: *Triumphus sancti Lamberti de castro Bullonio*³⁵ (de autor anónimo y escrita en torno al año 1153) y *Triumphale bulonicum*³⁶ (escrita por Renier de Saint-Laurent entre los años 1153 y 1182). Ambas obras tuvieron, como principal objetivo, recordar el exitoso asalto al castillo de Bouillon por parte de Albero II, obispo de Lieja (r. 1135 – 1145) y Enrique IV “el ciego” (1113 – † 1196), conde de Luxemburgo y Namur³⁷.

Según nos indica el relato, aquel castillo – ubicado en la frontera del obispado y originariamente una posesión del mismo – fue tomado en el año 1134 por el conde Renaud de Bar, quien lo utilizó como guarida fortificada para enviar constantemente desde allí, a numerosas bandas de saqueadores a asolar el territorio episcopal³⁸. Una vez que el obispo logró juntar los suficientes recursos y hombres en el año 1141, y tras asegurarse la ayuda del conde de Namur y Luxemburgo junto con sus caballeros, partieron al mando de un ejército de aproximadamente dos mil hombres³⁹ con el objetivo de sitiar la fortaleza.

Si bien lograron dispersar a las fuerzas del conde y alcanzaron rápidamente el objetivo de sitiar Bouillon, aquel asedio resultaría mucho más dificultoso de lo esperado, dada la notable posición defensiva que garantizaban las murallas y los ríos que lo bordeaban. En este sentido, si bien la guarnición que defendía el lugar contaba tan solo con unos ciento cincuenta hombres (al mando de dos parientes del conde de Bar, Hugo y Renaud⁴⁰), aquellos eran suficientes para sostener la situación. Especialmente, la escasez de hombres (que les impedía cercar correctamente el castillo), la falta de alimentos y la posible llegada de refuerzos al mando del conde de Bar, tornaron sumamente dificultosa

³⁴ Claude GAIER, “Le rôle militaire des reliques et de l'étendard de saint Lambert dans la principauté de Liège”, en *LE MOYEN AGE: REVUE D'HISTOIRE ET DE PHILOLOGIE*, 2(1966), pág. 235.

³⁵ Los datos principales de la fuente se obtuvieron de: http://www.geschichtsquellen.de/repOpus_04446.html, consultado el 24/5/2017.

³⁶ Los datos principales de la fuente se obtuvieron de: http://www.geschichtsquellen.de/repOpus_04052.html, consultado el 24/5/2017.

³⁷ Una biografía completa en: Felix ROUSSEAU, *Henri l'Aveugle, Comte de Namur et de Luxembourg (1136-1196)*, Presses universitaires de Liège, Liège, 1921.

³⁸ Claude GAIER, *Grandes batailles de l'histoire liégeoise au Moyen Age*, Wahle, Lieja, 1980, pág. 37.

³⁹ *Ibidem*, pág. 42.

⁴⁰ *Ibidem*, pág. 42.

su situación de los atacantes. Si bien el autor del *Triumphus sancti Lamberti* da cuenta del uso de diversas estrategias, como el intento por destruir las provisiones de los defensores o la construcción de una torre de asedio, la situación continuó empeorando.

El hecho más importante se observa, entonces, cuando los mismos soldados de Lieja reclamaron al obispo que trajese al lugar del sitio los restos de San Lamberto, patrono de la diócesis, para que los ayudase en el combate⁴¹. Este acontecimiento resulta fundamental, ya que a pesar de las dudas que esgrime el obispo, este cede al pedido y envía a que las reliquias sean removidas. Tras una larga y multitudinaria procesión, los restos del santo (que incluían un pequeño fragmento de la Veracruz) arribaron a Bouillon, renovando los ánimos de los soldados. El sitio – entonces – pudo sostenerse, mientras que los refuerzos del conde de Bar nunca se atrevieron a atacar, situación ante la cual el agotado y enfermo líder de los defensores, Hugo, optó por rendirse (decisión motivada, según el relato, por la presencia de las reliquias⁴²). Como puede verse hasta aquí, la victoria – tanto en la fuente analizada como en otros relatos contemporáneos (por ejemplo, en la crónica *Sigeberti continuatio Gemblacensis*⁴³ – fue atribuida al accionar divino de los restos de San Lamberto, que no solo renovaron el espíritu de los atacantes, sino que también atemorizaron y hundieron las esperanzas de los defensores.

Una situación similar puede observarse en la segunda gran victoria militar de Lieja del siglo XII, la batalla de Andennes de 1151. Este importante episodio que carece (a diferencia de la toma de Bouillon) de una profunda descripción, es mencionado principalmente en la obra *Triumphale bulonicum* de Renier de Saint-Lauren. Como puede observarse, ya desde el nombre este escrito asocia su contenido al asedio mencionado más arriba, pues se propone describir el mismo evento, aunque extendiéndose en los acontecimientos hasta el año 1153.

En esta ocasión, el enemigo a batir fue el conde de Namur y Luxemburgo, Enrique IV, que diez años atrás había luchado valientemente como aliado del obispo en el asedio de Bouillon. La situación había cambiado con el transcurso del tiempo, y las pretensiones expansionistas del señor de Namur encontraron en una diminuta disputa feudal la excusa perfecta para movilizarse con su ejército hacia territorios episcopales⁴⁴. El ejército invasor, que superaba ampliamente a las fuerzas de Lieja⁴⁵, optó por acampar en el pueblo

⁴¹ GAIER (1966), cit., pág. 237.

⁴² GAIER (1980), cit., pág. 45.

⁴³ GAIER (1966), cit., pág. 238.

⁴⁴ GAIER (1980), cit., pág. 49.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 51-52.

de Andennes (al norte de la región de las Ardenas), en donde la cercanía al río Mosa y la existencia de un antiguo puente romano le garantizarían movilidad.

Ante la desesperante situación, el obispo de Lieja Enrique II decidió actuar. Según explica el relato, movilizó a sus huestes y removió (nuevamente) los restos de San Lamberto para que acompañasen al ejército, el cual navegaría el río Mosa directo hacia el enemigo con la intención de tomarlo por sorpresa⁴⁶. El éxito de esta estrategia fue total, y si bien el relato de Renier no brinda detalles de la batalla, sí deja entrever dos valoraciones particulares: en la primera explicita que el obispo avanzó con celeridad hacia sus rivales – incluso dejando atrás a parte de sus tropas –, dando cuenta de la búsqueda del factor sorpresa⁴⁷. En la segunda, atribuye el éxito de aquella contundente victoria sobre los hombres de Namur, alcanzada el 1 de Febrero de 1151, al apoyo divino de San Lamberto⁴⁸.

Por lo visto hasta aquí, puede comprenderse la importancia de la figura de los santos (manifestada en sus restos guardados como reliquias) tanto para la práctica de la guerra – en el obispado de Lieja – como para las representaciones literarias de la misma. Los restos de San Lamberto de Maastricht no solo incendiaron los corazones de las milicias episcopales y las sostuvieron en batalla, sino que, desde la perspectiva de los autores que relataron aquellos encuentros, fue su poder sagrado el que permitió obtener aquellas victorias en condición de inferioridad.

Cuando las palabras y las reliquias se unifican. El caso de la arquidiócesis de Tréveris durante el siglo XII.

Para finalizar, mencionaremos brevemente un enfrentamiento militar acontecido en el arzobispado de Tréveris a mediados del siglo XII, según es relatado en la *Gesta Alberonis archiepiscopi treverensis*⁴⁹.

Esta arquidiócesis, ubicada en los márgenes del río Mosela – poco antes de la bifurcación que conforma el río Sarre, en la actual Alemania –, era uno de los tres

⁴⁶ Ibidem, pp. 52-54.

⁴⁷ Un abordaje completo de aquellos acontecimientos en: ROSSEAU, cit., pp. 22-52.

⁴⁸ De manera textual: “*Sed procul dubio Christus Martyrem suum hoc etiam destinarat triumpho glorificare*”. Obtenido de: REINERUS S. LAURENTII, *Triumphale Bulonicum*, W. ARNDT (Ed.), Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum (in Folio), 20, 1868, pág. 592.

⁴⁹ Para este trabajo se utilizó la siguiente traducción de la *Gesta Alberonis archiepiscopi treverensis*: Brian A. PAVLAC (trad.), *A Warrior Bishop of the 12th Century: The Deeds of Alberon of Trier, by Balderich*, Medieval Sources in Translation, Toronto, 2008.

arzobispados principales de la Germania medieval (junto con Colonia y Mainz⁵⁰). Ciudad antiquísima de origen romano, uno de los núcleos del movimiento de reforma eclesiástica de los siglos IX y X (a través de la abadía de San Maximino, ubicada a sus puertas), la diócesis había perdido buena parte de su esplendor durante la primera mitad del siglo XII, cediendo poder ante diversos señores laicos⁵¹. En aquel contexto crítico, surgió un arzobispo capaz de combatir de igual a igual con los distintos enemigos que amenazaban su poder: Albero de Montreuil, dignatario entre los años 1132 y 1152.

La *Gesta Alberonis* – precisamente – es una obra dedicada a la figura de este prelado quien, tras obtener numerosas victorias militares y políticas, logró llevar a Tréveris a convertirse en un poder regional de gran importancia y a obtener el reconocimiento del Primado en Germania. Escrita en torno al año 1152 por Balderico de Florennes – un personaje importante en la ciudad y muy cercano a Albero –, la obra pretendía sobre todo brindar un modelo de arzobispo moralmente positivo al joven clero, cuyos grandes logros podían y debían ser imitados⁵².

Entre las numerosas batallas que allí se describen, analizaremos brevemente el último enfrentamiento que protagonizó Albero, en el año 1148. En aquel entonces, el ya anciano arzobispo debió enfrentar al conde Palatino del Rin, German de Stahleck.

Según explica Balderico, esta disputa se originó en las intenciones de German – nombrado señor del Palatinado en el año 1142 por el rey Conrado III – de avanzar sobre las tierras de otro pretendiente al título de conde palatino, Otón de Rheineck. Este último, al ser derrotado y perder el castillo de Treis (ubicado al noreste de Tréveris, no tan lejano a la ciudad), solicitó ayuda a Albero, otorgándole a cambio la mayoría de sus posesiones y ofreciéndose como su vasallo⁵³.

Cuando el arzobispo acudió al llamado de su – ahora – nuevo servidor, poniendo bajo sitio a la fortaleza de Treis, el Conde Palatino marchó con sus hombres a defenderla y ambos personajes se cruzaron en el campo de batalla. Lo destacable de este enfrentamiento, consiste en la descripción que Balderico da del discurso de Albero antes de la batalla.

Hablando con cara a cara a sus hombres, el arzobispo les enseñó su cruz – en la cual portaba algunas reliquias del arzobispado – mencionando que, frente a ella y en

⁵⁰ Véase: Benjmin ARNOLD, *Princes and Territories in Medieval Germany*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

⁵¹ PAVLAC, cit., pp. 10-14

⁵² *Ibidem*, pp. 3-4.

⁵³ *Ibidem*, pp. 66-67.

nombre de Cristo, el conde German le había jurado lealtad en el pasado, prometiéndole que no lo atacaría jamás⁵⁴. Así, si aquel laico – que había jurado en nombre del Señor fidelidad a Albero – había incumplido su palabra, también en nombre de Cristo – y con su ayuda – el arzobispo y sus hombres lo combatirían y lo castigarían. Luego de estas palabras acusadoras, el prelado ofreció una confesión general para todos sus soldados, perdonando sus pecados y motivando sus corazones tan intensamente que – según relata Balderico – el conde rival no se atrevió a enfrentarlos⁵⁵. Derrotado de antemano, sin siquiera haber derramado una gota de sangre, el señor del Palatinado debió pedir por la paz y aceptar su capitulación.

En este pequeño episodio, que buscaba cerrar un ciclo de gloriosos triunfos militares del arzobispo Albero, podemos observar cómo se unificaron desde la perspectiva del autor los dos aspectos característicos de las batallas mencionados más arriba: la importancia de la palabra en tanto unificadora de los ejércitos y el rol de las reliquias como apoyo sagrado a los combatientes. No resulta – en este sentido – un detalle menor la mención de las reliquias en la cruz de Albero, entre las cuales (nuevamente) el mismo arzobispo mencionó que se hallaba un fragmento de la Veracruz. Dado que realizó su juramento de lealtad frente a aquel elemento sagrado, el conde Germán había incurrido en una ofensa gravísima al Señor cuando rompió su promesa. La cruz, entonces, distinguió de manera sacra y profana a los rivales de aquel encuentro, y la palabra del arzobispo movilizó aquella distinción para transformar, a sus soldados, en guerreros que luchaban en nombre de Cristo. La victoria, a los ojos de Balderico, sería entonces inevitable.

Conclusión

Hasta aquí, hemos intentado dar cuenta de diversas maneras de practicar y representar la guerra en la Lotaringia altomedieval. Entendemos, a partir de lo visto, que los aspectos culturales ocupaban un lugar central en el accionar bélico episcopal de la región. La palabra, a través de los discursos y rumores de batalla, y los santos, a través de sus restos convertidos en reliquias, constituyeron dos factores de suma importancia para comprender las prácticas guerreras de allí. En el uso de dichas artes, los obispos lotaringios poseían una notoria ventaja frente a sus rivales laicos.

⁵⁴ Ibidem, pp. 67-68.

⁵⁵ Ibidem, pág. 68.

